



VERTIENTE SUR DESDE CUMBRE DEL QUITAR

vo para acceder a la Quebrada Alpamayo, continuando nuestro trayecto a nuestra vista ya el nevado Alpamayo. Pasamos la Laguna de Jancarurish y una hora más tarde llegamos al campamento base de la Quebrada de los Cedros.

Las dos siguientes jornadas ya no serían con las cargas en los burros, sino nosotros cargados como burros. Pasamos por un collado a 5.000 m. y así acceder al campamento morrena junto al glaciar Cogan a 4.800 m. Al día siguiente continuamos la aproximación al campamento avanzado del Quitaraju, observando a cargada suelta como un par de cordadas de andinistas descendían con frontales ya en la noche.

Despertamos a las 4:00 para desayunar y ponernos en la arista de la cara Norte del Quitaraju. Dura ascensión hasta la cima debido a sus 800 m. de vía. Una vez en la cumbre nos situamos en medio de una arista que prometía fuertes sensaciones, 12 rápeles nos separaban de completar nuestro primer 6.000. El descenso nos dio la respuesta de por qué los andinistas de ayer tardaron tanto "¿ahora quien se ríe?".

La siguiente jornada fue de descanso para recuperar alguna que otra tripa suelta.

Trasportar todo el material hasta el campamento avanzado del Alpamayo nos ocupó otro día.

Pregonamos a viva voz que nos íbamos a levantar a las 2:30, delante del resto de vecinos de tiendas (austriacos, colombianos, franceses...) magistralmente nos levantamos a las 24:30 para que no nos "pisaran la vía" de nuestro principal objetivo en esta expedición, el nevado Alpamayo.

Para escalar la vía Ferrari hicimos una cordada de 2 y otra de 3. La dificultad técnica de los dos últimos largos, el frío de la noche y el continuo desprendimiento de hielo y nieve fue lo que dio carácter a la ascensión.

Cumbre, fotos y a rapelar. El descenso del Alpamayo fue menos comprometido que el del Quitaraju ya que era una línea más evidente y con alguna estaca en los rápeles, pero eso no quiere decir que nos libráramos de algún "mendrugazo" de hielo que arrastrara algún andinista poco madrugador (se levantarían a las 2:00).

Desde el campamento de altura del Alpamayo observamos las tareas ya terminadas, pasamos nuestra última noche en altura. Comenzamos el descenso hasta el campamento base de la quebrada Arhuaycocha, 1º campamento que aconsejan en todas las guías para esta actividad, y que nosotros usamos como último campamento gracias al acertado consejo de Jerónimo.

Tardamos en encontrar arriero, tanto que veíamos que nos tocaba pasar otra noche. No teníamos más comida y lo último que ingerimos eran unas galletas que nos dio un amable mejicano que por allí andaba. Gracias a Jerónimo, una vez más, quien convenció a un arriero, bajamos a Cashapampa. Se nos hizo interminable, todavía nos quedaban más de 25 km. y 1.500 m. de desnivel.

Ya entrada la noche, casi sin luz en las linternas, conseguimos llegar hasta algún lugar de Cashapampa donde amablemente nos sirvieron unas cervezas que acompañamos con unos cigarrillos, en lo que nos hacían unos huevos con papas fritas (creemos que sobran más descripciones para este momento).

Esta misma noche conseguimos llegar al hostel en el que estábamos alojados en Huaraz y así poder descansar de una jornada no menos dura que las de escalada.

En esta historia también hubo Amazonas, Pacífico, museos, fiesta ... pero si queréis saber algo más, tan solo un vuelo Madrid-Lima con escala en Bogotá os separa de vuestra propia historia.

LO QUE PUEDEN SER CINCUENTA AÑOS EN LA VIDA DE UN MONTAÑERO ó la diferencia del ayer y del hoy en la concepción del montañismo

Por JUAN ANTONIO BONILLA SERRANO, de Burgos

Cuando leo algún relato de las proezas vividas por aventureros contemporáneos, que nos cuentan las vicisitudes surgidas en sus viajes, no puedo evitar que una sonrisa revolotee en mi cara al recordar y comparar nuestra ¿Aventura? vivida hace 50 años, con las que éstos nos cuentan. Comprendo que sea difícil para las nuevas generaciones de montañeros, entender lo que a continuación voy a narrar. Desde la arrogancia nacida de la abundancia de medios con que les hemos dotado, las sacrificadas generaciones que les hemos precedido, pensarán ¡Vaya, ya están aquí las batallitas de los abuelos...!

Pues bien, allá va la "batallita":

En el mes de junio de 2001 cumplí 70 años. Nací, por tanto, en el año 1931 en una España republicana recién estrenada, donde 24 millones de habitantes -de los cuales 9 millones eran analfabetos- trataban de sobrevivir y en donde el 65% de la tierra era propiedad del 2% de su población, retrasada tecnológicamente, clerical y empobrecida por unas pésimas administraciones públicas y una guerra colonial torpemente dirigida por unos políticos y militares incompetentes. Una España en la que las masas de población demandaban participar en el pastel nacional y no solamente de sus migajas, agrupadas en Sindicatos Obreros y Partidos Políticos donde primaban los idealis-

mos sobre la formación política y de ciencias sociales de aquéllas. Esta situación fué aún más agravada por la estúpida, cruel y sanguinaria guerra incivil de 1936-39 que asoló nuestra amada patria, empobreciéndola de tal manera que hasta el año 1951 (doce años de terminada la confrontación) no se alcanzaron los niveles de renta existentes en 1936.

Es en esta España de 1951, cuando junto a mis amigos César Tejedor Pérez (un hombrón de 1,85 metros de estatura y 99 kilos de músculos con un carácter de niño grande, ex-campeón nacional de lucha grecorromana, de pesas y halteras, de rugby, de bateles etc. etc.) y José María Pérez García "Chema" (compañero casi desde la infancia de andanzas montaÑeras) decidimos emprender la gran aventura de "conquistar" Picos de Europa, partiendo de Burgos en unos medios de transporte tercermundistas por lo impuntuales, escasos y deficientes, empleando 26 horas y media en el trayecto que hoy, año 2001, lo haríamos en escasas 2 horas y media.

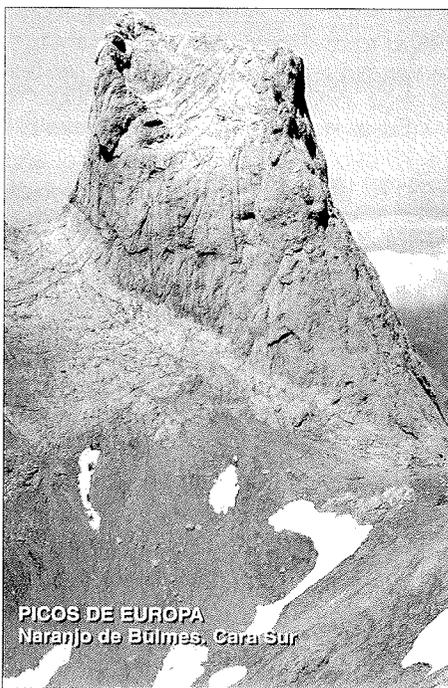
Comenzaré la narración describiendo primeramente el equipo, tanto personal como colectivo, de que disponíamos. Una tienda de campaña, tipo canadiense, en tejido de algodón sin suelo ni doble techo, con dos palos de bambú y unas clavijas de aluminio de enorme endeblez. Como sacos de dor-

mir teníamos, César un saco de tela engomada, Chema uno de algodón con plumón ¿...? el cual tenía tendencia a acumularse a sus pies y por último un servidor, con una manta usada por mis abuelos en sus viajes en diligencia y cosida por dos de sus lados para conformar algo parecido a un saco. De calzado, César disponía de unas botas de cuero aceptables para la época, Chema unas curiosas botas cuyas punteras miraban obstinadamente al Cielo y cuyas suelas albergaban restos de tachuelas y mi calzado eran unas botas de loneta -llamadas Spahis- que lo mismo eran usadas por baloncestistas, corredores ó luchadores de grecorromana, como era mi caso. Por vestimenta teníamos lo usual de cada día en la ciudad, pantalones cortos -unas tijeras y unas manos maternas hacen maravillas- y largos corrientes, jerseys, camisas y como anorak una prenda en algodón azul, tejido en popelín con bolso en el pecho y capucha a la que llamábamos "canguro". Las mochilas, salvo César, eran de las llamadas "celtas" o "vergans" en loneta de algodón, con tres bolsos exteriores y como soporte un armazón de hierro en forma de triángulo, el cual amorosamente te machacaba los riñones. Procedían del Frente de Juventudes y nosotros las habíamos adquirido en una chatarrería por 75 ptas, cada una (el salario entonces de un obrero rondaba las treinta pesetas).

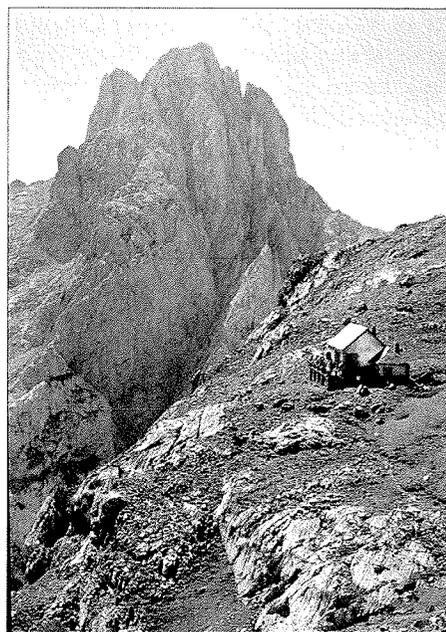
El equipo de escalada constaba de una cuerda de 35 metros y 20 milímetros de grosor y que cuando se mojaba más parecía una vara que una cuerda, un martillo-maza procedente de un taller mecánico, unas clavijas confec-

cionadas en una forja artesanal las más y alguna comprada en la única tienda de deportes que a la sazón existía en Burgos. Los mosquetones eran un bucle y medio de varilla de hierro de 6 mm. asimismo trabajados en la forja y los piolets, que usábamos Chema y yo, adquiridos en la misma chatarrería, grandes y pesados y que al parecer provenían de los "alpini italianos" que habían guerreado al lado de Franco.

La alimentación era la que se disponía en aquella época de penuria. Después de 15 años de cartillas de racionamiento, por fin el gobierno franquista se decidió a terminar con ellas en este verano de 1951. Leche en polvo, azúcar, cacao, arroz, aceite, margarina, pan de hogaza, latas de sardinas, atún, pulpo y ¡maravilla de las maravi-



PICOS DE EUROPA
Naranjo de Bulnes, Cara Sur



PICOS DE EUROPA
Refugio de Collado Jermoso y Torre Friero

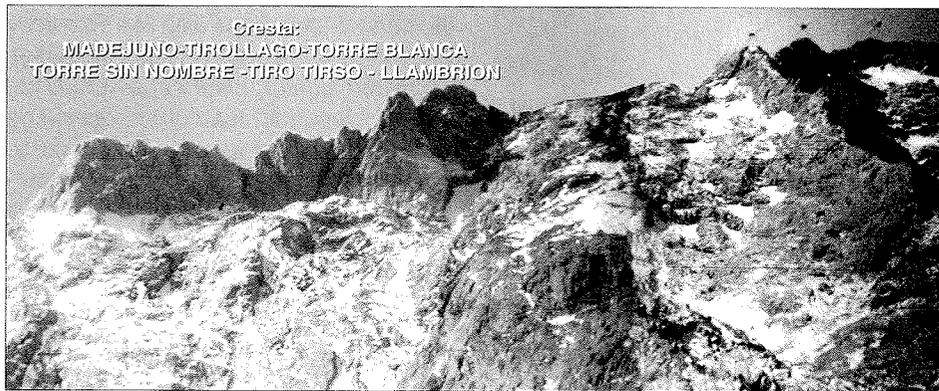
llas! unas de carne de Mérida usada por el Ejército y Guardia Civil que Chema había adquirido no sé cómo ni de qué manera y por último un tarro de Nescafé y un frasco de jugo de carne ¿...? fueron los víveres que nos ayudaron a superar las pruebas. Para preparar el guiso teníamos un "invento" llamado "Escudillómetro" y que era una especie de tartera que contenía un soporte, dos cazuelas, un plato-sartén, pinza y un infiernillo para alcohol. Calentaba cuando la temperatura y el viento lo permitían y a lo sumo que alcanzaba era a templar la sopa y la leche, menos mal que era de aluminio y no pesaba mucho.

Y vamos con el viaje. Salimos de Burgos a las 19,30 horas en un rapidillo que hacía el recorrido Miranda de Ebro-

Valladolid, que paraba en todas las estaciones y apeaderos y el cual abandonamos después de hora y media en Venta de Baños, Aquí tuvimos que esperar seis horas a que llegara un subexpreso que tomamos con un billete sin derecho a asiento, procedente de Madrid y con destino Santander, llenos hasta los topes de veraneantes y que abandonamos después de unas tres horas y media en Torrelavega, donde aprovechamos a desayunar una especie de café con leche y unos maravillosos sobaos pasiegos. En esta ciudad, vuelta a esperar hasta las 11,15 de la mañana para coger un tren de vía estrecha, bamboleante, donde clavé el regatón de mi piolet en el suelo de madera. Sujetándolo con las manos y apoyando la cabeza en ellas descabeceé un sueño, acunado por el bamboleo del vagón. Llegamos a Unquera donde de nuevo volvimos a tomar un autobús de piso y medio (digo esto de "medio", porque en la parte superior y compartiendo la baca había un espacio cubierto donde para entrar y permanecer en él tenías que estar doblado por la cintura). Dicho autobús era todo un poema épico, hacía el trayecto desde Unquera a Potes por el desfiladero de la Hermida y compartías espacio y viaje, entre otros, con unos cestos que contenían gallinas y conejos, dos terneras pequeñas, el ajuar de una pareja de recién casados además de un sinfín de inclasificables objetos que bailaban al ritmo de las curvas de la carretera, llevándote a creer en los milagros porque milagro y no pequeño era que no acabáramos en las aguas del río Deva. Por fin llegamos a Potes, donde indagamos si había algún medio para subir a Fuente De, informándonos de la existencia de un inge-

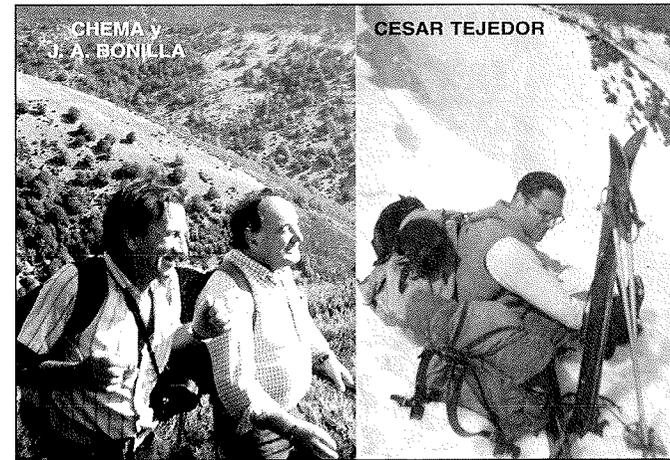
nio (todavía y a pesar de los años transcurridos no he logrado saber que era realmente) que parecía un carromato, automóvil, rubia o diligencia, pero que finalmente nos llevó a Espinama. Compramos cuatro hogazas de pan de 2 kilos, montamos en la "cosa" y bien apretujados entre sacos, paquetes y bolsas y con la sensación de que jamás arribaríamos a nuestro destino, al fin llegamos, después de 26 horas y media de viaje. Llovía con fuerza y pedimos a un paisano si podíamos dormir en el henil: nos contestó que el heno estaba recién cortado y por tanto húmedo, pero al ver nuestra decepción nos invitó a dormir en una habitación sin luz y como

Al siguiente día nos enfrentamos al gigante que deberíamos vencer, Picos de Europa. ¡Se iban a enterar el resto de las naciones de lo que éramos capaces!, así que tomamos la senda de la Henduda (lógicamente no existía ni teleférico, ni hoteles en Fuente De, ni Cabaña Verónica, ni...nada) y con nuestro espíritu forjado en mil batallas comenzamos a andar, trepar, sudar, maldecir hasta que llegamos a la Lloroza, donde acampamos. Desde allí comenzamos a doblegar al gigante, ascendiendo a Peña Vieja, Tiro Tirso, Torre Blanca, Torre Bermeja, Pico Tesorero, Horcados Rojos y hasta casi el Llambrión y digo casi porque cuando



mobiliario una cama con jergón, mesa camilla y dos sillas. César durmió en el jergón y Chema y yo en el bendito suelo y ¡pardiez! que dormimos bien, soñando con la España Imperial, vencedora del comunismo internacional, reserva espiritual de occidente y unidad de destino en lo universal (jamás he llegado a descifrar que significaba esto último) gracias a los esforzados herederos de los tercios de Flandes, de Alemania, Sicilia y América, dispuestos a reverdecer laureles y lo que fuera.

estábamos metidos en el "fregao" la lluvia y el viento nos obligó a abandonar y empapados de agua nos refugiamos en el Refugio de Collado Jermoso y qué bien nos sentó una humilde pitanza que nos sirvió su guardián. Teníamos proyectado ascender al bendito Urriello guiados por Alfonso Martínez, más la lluvia lo desbarató y como los días de vacaciones -ocho- se acababan, no tuvimos más remedio que descender por la canal de Asotín -donde nos enriscamos por culpa de la niebla- hasta



Cordiñanes, donde acampamos al lado de unos madrileños, (uno de ellos resultó ser primo segundo de mi padre, al que no conocía...). Una vez más se comprueba que el mundo es un pañuelo... con el que algunos se limpian las narices...

A continuación y acompañados por mi pariente y sus compañeros atravesamos la Foz del Cares hasta Puente Poncebos y Arenas de Cabrales donde cogimos otro autocar que nos depositó en Llanes y aquí César nos invitó a comer, ágape que nos hizo volver a creer en la vida y en sus placeres.

El retorno a casa fue menos cansado que la ida, aunque todavía tuvimos que machacarnos los huesos en el viaje y en especial en la estación de Aguilar de Campoó, donde dormimos los tres en un banco, apoyadas las cabezas en el pubis del compañero. Otra vez adquirimos billetes sin derecho a asiento en el tren que nos dejaría en Venta de Baños, en el que nos sentamos en el suelo de la plataforma, apoyadas las cansadas espaldas en las

mochilas intentando relajarnos de tanta fatiga y tanta espera. En esas estábamos cuando apareció un bien trajeado policia de servicio luciendo un bigotito a la moda de entonces, quien en un tono displicente y un tanto paternalista nos pidió la documentación. Era hasta normal que nos la pidiera habida cuenta

de las trazas que teníamos, barbados, sucios y hambrientos, mas el gesto se le cambió cuando César le presentó la suya donde figuraba su cargo, Juez-Magistrado en Burgos, balbuceo unas palabras y se marchó perplejo ante aquel hecho insólito de ver a todo un Juez viajando sentado en el suelo (podía haber solicitado billete con derecho a asiento) con mochila y barba de varios días. Hoy quizás, no hubiera llamado tanto la atención más en la época en que se desarrolló la historia era impensable. Ello nos da la medida de su enorme humanidad y sencillez, espejo en el cual he procurado mirarme cuando las circunstancias de mi vida me impulsaban a relajar mi moral. Quisiera que estas notas fueran de homenaje a mis amigos, fallecidos ambos; César trágicamente muerto en unas prácticas de hielo en el Teide y todavía joven y Chema, vivo todavía un domingo por la tarde tomando unos refrescos en el jardín de mi casa y a las cinco de la mañana siguiente nos despertaron con la noticia de que había fallecido por un aneurisma aórtico.

EL GRUPO ESPELEOLÓGICO EDELWEISS CELEBRA SU CINCUENTENARIO

Por ELÍAS RUBIO MARCOS, de Burgos

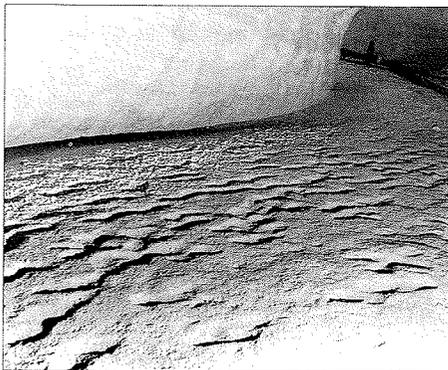
Han pasado cincuenta años desde que en 1951 cinco amigos burgaleses componentes de la Sociedad de Montañeros Burgalesa, José Luis Uribarri, Félix Rojo, Ángel Ortega, Florencio Ramírez y José Ramón Elvira, se juntaron para formar el Grupo Edelweiss, el más antiguo grupo espeleológico de Castilla y León y uno de los más veteranos y prestigiosos existentes hoy en España.

Poco a poco, alternando las salidas montaÑeras con pequeñas exploraciones en cavidades cercanas a la capital burgalesa, aquellos pioneros fueron abandonando la luz y los horizontes claros de la montaña para sumergirse definitivamente en las tinieblas subterráneas. No sería, sin embargo, hasta 1952 cuando llevaron a cabo su primera exploración de importancia; la Cueva de los Cárcavos, en el Valle de Valdivieso.

Los expresados “cinco magníficos” fueron los fundadores del Edelweiss, sí, pero la espléndida realidad que es hoy esta organización se debe por igual a muchas generaciones de jóvenes burgaleses, hombres y mujeres que, como ellos, con su pasión por lo subterráneo, con tenacidad y sacrificio, y de manera altruista, pasaron por ella.

Merece señalarse asimismo, que si bien es cierto que el prestigio del Edelweiss ha sido ganado a pulso, también lo es que uno de los factores que más han influido para su larga existencia como grupo es el hecho de haber tenido la fortuna de contar con una provincia como Burgos -en especial toda su

mitad norte-, altamente carstificada, la suerte también de haber contado para sus trabajos con Ojo Guareña, el mayor complejo subterráneo de España y uno de los mayores del mundo. Este enorme sistema kárstico, en efecto, fue durante casi toda la historia del Edelweiss el aglutinante y catalizador de su actividad. Sin su presencia no se hubieran llevado a cabo aquellas maravillosas y añoradas expediciones espeleológicas internacionales (1958, 1963, 1966, 1971), que tanto resonaron en el resto de España y en el mundo y que tanta



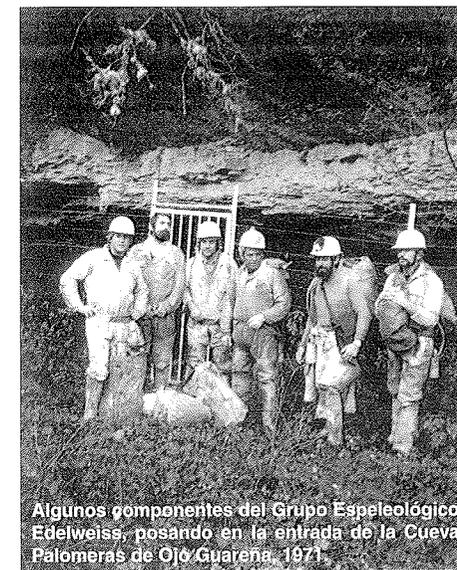
Huellas de pies descalzos, con miles de años de antigüedad, descubiertas de Ojo Guareña por miembros del Grupo Edelweiss de 1969.

afición crearon en Burgos y fuera de esta provincia. Ojo Guareña, que en 1956 fue explorada por primera vez por el Edelweiss, cuenta hoy con más de cien kilómetros de galerías topografiadas y estudiadas, y ese mérito se debe, sin exclusión alguna, al empeño puesto por todos los hombres y mujeres de este Grupo a lo largo de su historia.

El contacto continuado con Ojo Guareña y con los importantísimos yacimientos arqueológicos y bioespeleológicos descubiertos por ellos mismos en este complejo y en otros, por otro lado, debió ser lo que en mayor medida influyó para que los espeleólogos del Edelweiss, pese a sus propias limitaciones, caminarán siempre más por la vertiente científica que por la deportiva. En realidad, nunca este colectivo burgalés ha reconocido la espeleología como un deporte, pese a que en su haber figure el título de Mejor Sociedad Burgalesa, otorgado en la Pascua del Deportista que se celebró en Burgos en 1955.

Tal vez figura por eso, por la constancia y seriedad que el Edelweiss imponía a sus trabajos, que la Diputación de Burgos comenzará el patrocinio de los mismos allá por el lejano año de 1954. Este patrocinio, que, con algunos altibajos, ha perdurado hasta nuestros días, ha debido ser también, sin duda, un factor determinante en la longevidad del Grupo.

Cincuenta años dan mucho de sí en el desarrollo de la actividad espeleológica. Más, si como en el caso del Edelweiss, se sale todos los festivos del año a trabajar en la cueva y el resto de los días los resultados de ese trabajo se “cocinan” en el gabinete. Entre los logros más importantes de este Grupo están sus soberbios archivos cartográficos y fotográficos del subsuelo burgalés, con cientos y cientos de planos y miles de fotografías y entre sus más llamativos descubrimientos, aparte de la infinidad de galerías y simas exploradas, dentro y fuera del Ojo Guareña (Sierra Salvada y



Algunos componentes del Grupo Espeleológico Edelweiss, posando en la entrada de la Cueva Palomeras de Ojo Guareña, 1971.

Montes del Somo), figuran las pinturas y grabados rupestres de este complejo (1968), las huellas de pies descalzos del hombre primitivo, también en Ojo Guareña (1969), la Galería Sílex, en el complejo de Atapuerca, (1972), y el ahora célebre yacimiento paleoantropológico de este mismo sistema subterráneo, hoy Patrimonio de la Humanidad, que desde casi el principio de su historia el Edelweiss denunció.

El bien ganado prestigio del G.E.E., fuera y dentro de Burgos, le viene dado también porque todos los trabajos que realiza son publicados regularmente con el rigor científico que merecen. Los varios números de sus revistas *Kaite*, *Estudios de espeleología burgalesa* y *Cubía*, así como los voluminosos monográficos sobre zonas estudiadas, son los mejores embajadores del trabajo bien hecho.

Desde TORRE SANTA felicitamos a todos los miembros del Edelweiss en su cincuentenario, a la vez que deseamos que tan emblemático grupo espeleológico siga cosechando éxitos y haciendo tanto bien por la cultura castellano-leonesa y en particular por la burgalesa.